

flotante como una bandera de esperanza delante del cansado peregrino, nada de cuerda ciñendo una cintura enflaquecida: teníamos la frente una figura descarnada y vulgar, la levita y los *inexpressibles*<sup>1</sup> de aquel desgraciado, estaban rotos, que daba miedo. El infortunado, previendo una numerosa sociedad de viajeros, había retardado su misa y nos ofreció decirla a nuestro regreso, de lo que le quedamos muy agradecidos, porque de otra manera habríamos tenido que cumplir con el deber de oír en Portici. Mientras admirábamos aquella perspectiva, un cantor alado, cosa admirable en aquella estación, hizo oír los acentos mas armoniosos y mas puros; quizá celebraba el antiguo tiempo romántico en que los ermitaños no bebían *lacryma Christi*, en que el hombre vivía muy cerca de la naturaleza y encontraba en ella su recompensa.

Después de haber tomado algunos instantes de descanso, nos volvimos a poner en camino para llegar mas pronto al objeto del viaje. Aun pudimos andar a caballo por el cono de verdura; pero el espacio entre los lechos de lava se hacia cada vez mas estrecho y la vegetación mas escasa. Un excelente camino nos condujo al Observatorio Real, hermosa y sólida construcción revestida con adornos de lava y comenzada hace diez años: abajo se extiende en forma de terrado, un jardincito, en medio del cual hay unas cavernas de lava que encierran una colección bastante interesante de la flora vesubiana. Este edificio fué construido por el actual rey, y abre a la ciencia un extenso horizonte, proporciona una posición favorable para hacer observaciones que en otra parte serian imposibles: desgraciadamente está desierto y ningun sabio lo habita. Vivir a tan grande altura, en la morada de la lava, es un sacrificio que los napolitanos no pueden hacer a la ciencia; puede ser tambien que su saber sea demasiado superficial para ocupar dignamente semejante santuario.

Algo mas allá, la lengua de tierra cultivada se pierde en un océano de lava: el reino vegetal solamente se vé representado por algunas herbáceas y zarzales; los cauces de lava se reúnen, el casco de los caballos resuena en un suelo de rocas volcánicas y se llega al valle que separa a *Monte Somma* del Vesubio. La hermo-

<sup>1</sup> Así llaman las inglesas mojigatas á los calzones.

sa vida terrestre no se muestra ya sino en raros intervalos y uno se vé rodeado por la imágen incolora de la nada universal. Sombrías murallas, enormes pedruscos grises, negras masas, montañas de ceniza movediza y de lava calcinada, se levantan por todas partes y envuelven al pequeño grupo de pobres viajeros que se aventuran en medio de aquel reino de la muerte, inmenso y lúgubre, en medio de aquella devastación de la naturaleza en aquel valle de la melancolía. Las dos cumbres de *Monte Somma* y del Vesubio estaban reunidas en otro tiempo; pero se levantaron las entrañas del globo, la montaña se abrió y del hondo abismo se derramaron olas de lava, que mas tarde se enfriaron y formaron la mar inanimada, petrificada, incolora, rodeada de un polvo de leve ceniza que separa las dos cumbres. La mirada se detiene con angustia sobre esas masas monótonas que abortó la montaña y ante las cuales ha huido toda vida. Solamente por intervalos se perciben a lo lejos, como raras luces en medio de noche tenebrosa, algunos fragmentos de paisaje, la ciudad de la alegría, las plateadas olas de la mar, la risueña y fértil llanura. Envuelto así por la muerte, el viajero piensa involuntariamente en esas almas destruidas, a las cuales no quedan mas que hermosos recuerdos, que en otro tiempo estaban frescas como las demás; pero que separadas de la fe, privadas de los auxilios de una religion consoladora, se han abismado en una melancolía profunda, y cuyo estudio, si puede tener algun atractivo para el psicólogo, nos llena el corazón de una tristeza infinita.

Es curioso estudiar el progreso de la muerte sobre la naturaleza: la antigua lava, la que ha salido hace millares de años, está cubierta de verdura; sobre la lava que solo tiene algunos siglos, brotan en la fina ceniza, mezquinos arbustos y plantas que pueden vivir sin un suelo generoso; en la lava mas reciente, al pié del Vesubio ó a lo largo de la montaña, se encuentran muy raros vegetales. La naturaleza quisiera cubrir el suelo con sus verdes adornos; pero las masas arrojadas por la explosión terrible de las luchas interiores no se lo permiten.

Nuestros caballos trepaban con mucha destreza por entre los peñascos y los trozos de lava, y pronto llegamos al pié del Vesubio. El valle que separa las dos montañas no es muy extenso; pero cuan-

do se piensa que no es mas que una grieta que se abrió en la cumbre, junta en otra época, queda uno aturdido en presencia de la acción formidable y omnipotente de las fuerzas naturales. Todas las grandes erupciones que han devastado las inmediaciones, hasta la última que tuvo lugar en Febrero de 1849, han dejado sus huellas en aquel valle. La lava se ha extendido por anchas grietas sobre los costados de la montaña, con dirección á Resina y Portici, ó por el otro lado, con dirección a Pompeya. El Vesubio, propiamente dicho, es el que ha producido las pequeñas erupciones, pues Monte Somma ha permanecido tranquilo desde los tiempos de Pompeya y Herculano, y la naturaleza comienza ya a extender amorosamente su capa de verdura sobre aquellas pendientes áridas. Llegamos al lugar donde debíamos confiarnos a nuestros propios piés y a los brazos de los guías: atamos los caballos y despedimos a los gendarmes que nos habian acompañado desde la Ermita, temiendo un ataque de los bandidos. Se nos presentaron algunos hombres, provistos de cinturones de cuero, que pretendian cargarnos y remolcarnos; pero en tales ocurrencias y cualquiera que pueda ser mi torpeza, siempre prefiero servirme de mis piés. Aquí se vé lo que el hombre puede hacer cuando se le presenta un fin importante: si no se tuviese a la vista el cráter y sus llamas, quizá no se subiria con tanta paciencia y tenacidad aquel camino tan penoso. Subimos desde luego por una pendiente muy rápida, con los piés hundidos en la ceniza fina y movable, teniendo esta empresa bastante analogía con los tormentos que, segun la antigua mitología, se sufrían en los infiernos: se sube con esfuerzo, se cree haber alcanzado un punto mas elevado; repentinamente cede la ceniza y el pié se introduce de nuevo en la masa gris, de manera que para dar tres pasos adelante se necesita dar dos para atrás. Sin embargo, nosotros tomamos por el lado agradable los disgustos de la ascension, y esto nos los hizo mas fáciles de soportar.

Pasábamos jadeantes y con el sudor en la frente, de un trozo de lava a otro; el calor subterráneo parecia redoblar en intensidad con nuestros esfuerzos, y a pesar de esto, caminábamos alegremente con los misterios del cráter ante los ojos del espíritu. La capa de cenizas descende en línea recta desde la cumbre de la mon-

taña hasta el valle, y forma en toda su extension numerosos montecillos. Cada paso que dábamos en el polvo movedizo, nos parecia peligroso, porque miéntras mas subiamos, nos creíamos en mayor riesgo de rodar hasta el pié de la montaña, con el acompañamiento de los pedazos de lava sobre los cuales andábamos. A cada instante cedia el suelo bajo nuestros piés con un ruido sordo y siniestro; pero al punto otra piedra detenía a la que resbalaba, dejándonos así el tiempo necesario para saltar a la siguiente. Cerca de la mitad del camino, despues de haber dominado dificultades innumerables, comenzamos a sentir un aire mas puro y un ligero olor de azufre. Las nubes que cubrían la cima del Vesubio, pasaban, desaparecian y volvían de nuevo; mas a esto no le prestábamos grande atención, porque no era semejante espectáculo por el que emprendíamos aquel camino. A medida que llegábamos al fin, se redoblaban nuestros esfuerzos; ya uno de nuestros guías se encontraba en la cumbre: un poco de valor, un poco de trabajo y todos habremos llegado.

Nos hallábamos en la grieta que divide las dos puntas. ¡Qué golpe de vista! ¡Qué sensación inexplicable! Los escarpes estaban revestidos de azufre blanco, el suelo de lava era enteramente negro, la ceniza gris y algunos trozos de azufre amarillo y rojo yacían diseminados. Vapores hirvientes se escapaban debajo de los grandes peñascos de lava; el cono de la montaña nos ocultaba el panorama de Nápoles y el de la mar. El vapor y la niebla velaban el firmamento, el aire era unas veces frio y áspero, otras era sufocante y se sentía sobrecargado de azufre: todo respiraba muerte y destruccion. Adivinábamos bajo nuestros piés la acción de fuerzas poderosas y desconocidas; veíamos colores que no habíamos visto jamás; nos sentíamos envueltos en una atmósfera enteramente nueva, y no creíamos vivir ya en nuestra hermosa tierra, sino en el seno del caos, en medio de los elementos primordiales con que Dios creó al mundo, entre los vapores envenenados que volaban sobre el abismo, antes de que el aire y el agua hubiesen sido separados, antes de que el sol hubiese secado y animado todas las cosas. Era una de esas perspectivas que no pueden describirse, y que se necesita haber contemplado para formarse una idea del trabajo de la naturaleza y comprender cuán pequeños son el hombre y la

ciencia! Aun no llegábamos al cráter, cuando ya estaba yo impresionado por la vista de lo que me rodeaba, como no lo estuve jamás por ninguna otra cosa en el curso de mi vida.

Todo viajero tiene ciertos movimientos estereotipados cuando llega a un lugar célebre: en el borde de la mar se recogen conchitas con una curiosidad infantil, en las comarcas del Sur se toman ávidamente todas las frutas desconocidas; en el Vesubio uno se precipita con encarnizamiento cómico, sobre los pedazos de azufre de mil colores que se presentan a la vista. El hombre tiene una inclinación natural é irresistible que le induce a coleccionar, para despreciar en seguida lo que ha recogido; se carga gustoso con un peso inútil; mas no importa, siempre que su codicia quede satisfecha. Adán en el paraíso debe haber coleccionado ya. Nosotros cumplamos concienzudamente con este instinto, y a cada instante llenábamos nuestras bolsas con lo que recogíamos de las cenizas. Examinando uno de esos trozos por entre los cuales se le escapa el vapor hirviente por pequeñas rendijas, observé que la arena de lava fina y húmeda que lo rodeaba, estaba tan caliente que no me permitía poner la mano sobre ella. A cada paso se encuentran estas grietas que deben comunicar con el interior del volcan: algunas veces los vapores que se exhalan no tienen olor, como sucede con el vapor de la agua hirviente; pero otras, tienen un aroma sulfuroso y que produce comezon en el pecho y obliga a toser.

Dejamos aquel valle tan imponente, a pesar de su pequeñez, y seguimos un angosto sendero maravillosamente practicado en la ceniza movediza, sobre el costado del cono principal. Este camino no está bueno para las personas que padecen vértigos: a la derecha se levanta la pared exterior del gran cráter, guarnecida de rocas de lava de extrañas formas, cubiertas con un azufre rojo y brillante, que deja escapar por intervalos emanaciones de vapor húmedo; a la izquierda, la montaña de ceniza descende a pico hasta el valle que existe entre Monte Somma y el Vesubio; el viajero tiene que avanzar por este sendero peligroso entre la movible ceniza; pero aquel sendero conduce al cráter, y todo se olvida. Si se tiene valor para dirigir una mirada al valle, queda uno recompensado por aquella vista incomparable: se vé a lo léjos el camino que se abrió la lava en la erupción de 1849; enormes masas

de lava y ceniza se encuentran amontonadas en grandioso desorden; se perciben valles y colinas de un color sombrío y lúgubre que han sido teatro de inmensos incendios; pero en ninguna parte se vé un abismo bastante profundo, la erupción ha destruido el suelo, ha vomitado lava y piedras, é inmediatamente ha cubierto las grietas con las mismas materias que volvian a caer. El torrente de fuego corrió entónces por la entrada del valle opuesta a la Ermita, y siguiendo la llanura de Pompeya tomó la dirección de Castellamare, sepultando bajo sus olas de lava la villa y los magníficos jardines de un príncipe napolitano.

Desde el lugar en que estábamos se goza de una perspectiva admirable sobre la vasta llanura; pero es de temer que otras muchas veces sea visitado por aquella plaga terrible, pues el último punto de erupción en esta extremidad del valle está mucho mas cerca que el anterior del lado de Nápoles. El fenómeno se anuncia con largo tiempo de anticipación por el humo y las llamas que salen del cráter, y hasta despues de esta advertencia siniestra es cuando la devastación se extiende por el valle.

El sendero subia siempre mas rápido: pasábamos con prudencia y sangre fría por los puntos mas peligrosos, y de repente se desarrolló delante de nosotros en toda su majestad tremenda el anchuroso abismo: por una parte el escarpe de la montaña, por otra el cráter con sus sombrías emanaciones. Nos hablan en la infancia de grandes montañas de fuego con abismos siniestros; los libros dedicados a la juventud y las narraciones de viajes, se esfuerzan en dar al lector la descripción de estos cuadros grandiosos: la imagen del Vesubio vaga incierta ante los ojos del espíritu, se toca en la oscuridad, se sospecha algo de la realidad; pero ninguna pluma ha conseguido dar una idea de lo que aquí se vé y se siente. Es porque no hay palabras para traducir semejantes impresiones, ni hay imaginación humana bastante poderosa para poder formarse de ellas una idea que se aproxime a la realidad. Semejante aturdimiento me estaba reservado también: frecuentemente he oído hablar del cráter a muchos amigos que lo han visitado; sin embargo, su aspecto me hizo una impresión de todo punto diferente de la que yo me esperaba. Un boqueron inmenso se abría anchuroso delante de mí; su vasto coronamiento presenta una forma irregular

y variada, según la altura de los diferentes puntos: la cumbre superior es muy estrecha, en razón de que la espesura de las paredes va disminuyendo; los escarpes son tan rápidos que con frecuencia no hay lugar más que para una sola persona. Por la parte exterior de la montaña, no se ven más que cenizas grises y lava; en el interior, cubren las paredes de ceniza y las rocas puntiagudas, vastos campos de azufre de colores brillantes y chillones. Las tintas principales son, el amarillo ordinario de azufre y el más vivo bermellón que comunmente forma venas en las superficies amarillas; en los lugares que dan paso al vapor hirviente, el azufre toma también colores violáceos y verdosos; estos puntos son ordinariamente de un calor intolerable, húmedos hasta traspasarse el agua y cubiertos de una materia blanca muy semejante a la escarcha. Con estas diversas coloraciones el cráter recibe un aspecto extraño y extravagante; y aunque los tintes son muy brillantes, carecen de frescura: el conjunto es en general frío y melancólico, y el contraste que forman estos vivos colores con el gris mate de la ceniza y de la lava es demasiado grande para ser agradable.

La configuración interior del cráter, es precisamente inversa de la forma exterior de la montaña. El Vesubio es un cono levantado sobre su base; el cráter es la cavidad. Grandes masas de vapor emanan del abismo, y como de los costados de una pira de carbon, salen columnitas de humo por todas las paredes de aquel embudo: en el exterior también, cerca de la cumbre, la montaña exhala algunas nubes ligeras. Ya he dicho que aquellos puntos humeantes se encuentran debajo de los grandes peñascos de lava y están revestidos de flores de azufre de los colores más variados. La espesura de las nubes impedía distinguir claramente el interior del volcán; pero la masa de vapor se levantaba por momentos, y la mirada podía sumergirse en las profundidades del abismo: la inmensa boca parecía descansar entonces de una respiración penosa. Aquel abismo tiene realmente boca; pero una boca semejante a las de los dragones de las leyendas: aquellos son los reflejos de sus escamas invulnerables, aquellos son los colores con que la imaginación se complace en revestir a esos monstruos fabulosos; el interior del cráter exhala aquellos mismos vapores envenenados y hú-

medos que en otro tiempo cubrían de terror y de muerte a los caballeros cazadores del dragón.

A la altura en que yo estaba sobre el borde del abismo me sentía como perdido; creía estar en los confines de otro planeta, en el umbral misterioso de un mundo extraño y nuevo. Me sentía abandonado en medio de aquella soledad, en el seno de aquel caos silencioso; estaba como rodeado por los terrores de los mundos de las leyendas: sin mis amigos que estaban a mi lado, un indecible espanto me hubiera arrojado de aquellos lugares, y habría huido ante las fuerzas primordiales, mudas y adormecidas de la naturaleza. No me sentía bastante fuerte para resistir semejantes impresiones, estaba como subyugado por el encanto misterioso de aquellas potencias infernales. Espectáculos menos extraños hacen temblar al hombre cuando está solo: un cerco de hielo ó de granito, la caída de una cascada de roca en roca le hacen creer con frecuencia que el agua lo encanta y lo atrae, que el murmullo siniestro le habla; y si entonces viene á rugir una borrasca en el cielo, si el huracán muge, si el relámpago envuelve en una red de fuego al pobre abandonado, su corazón palpita y se estrecha, dirige alrededor miradas de angustia, como si el trueno amenazara su alma desfallecida, como si cada rayo le estuviese destinado. Hay verdad en estas impresiones: es el lenguaje de la naturaleza que llena de pavor la conciencia del hombre y le hace ver su nada; es la fuerza misteriosa y profunda de los elementos que el hombre frívolo no considera cuando están adormecidos, y cuyas advertencias le parecen tanto más temibles cuando momentáneamente despiertan. ¡Qué terror no debe pues causar el aspecto del Vesubio, cuando se siente que una débil capa nada más nos separa de aquellos abismos sombríos, y que una costra ligera, á través de la cual brotan sufocantes vapores, es el único obstáculo que oculta el radiante fuego, costra que á cada instante puede romperse y ceder á la presión de las fuerzas desencadenadas! Mas al punto que hay varias personas reunidas, el sentimiento de la debilidad desaparece con el del aislamiento, se siente uno más atrevido y avanza deliberadamente en el *camino de los terrores*.

Para que nos formásemos una idea del calor que reina alrededor de las grietas por donde el vapor se exhala, los guías introdujeron

en el azufre hirviendo unos huevos que un hombre habia traído con algunas botellas; en pocos instantes quedaron cocidos, y los comimos con pan rústico. Hacia mucho tiempo que un almuerzo improvisado no me habia parecido tan bueno, y juzgué que el viaje Vesubio era el mejor de todos los cocineros para el cocimiento de los huevos. Con un vaso de *lachryma Christi*, bastante agrio por cierto, dije algunos brindis por mis queridos amigos: segun el uso antiguo y solemne, la botella circuló entre la concurrencia, despues de lo cual la arrojamos al abismo, donde la oímos rebotar y romperse estrepitosamente. Nuestro *cicerone* y otro de los guías se aventuraron hasta cierta profundidad en la pared interior del cráter, el primero para ofrecernos el espectáculo de un trozo de lava rodando hasta el abismo, y el segundo para traernos algunas formaciones sulfurosas de brillantes colores. Los trozos de lava rebotaron, dejando tras de sí un ruido semejante al de un trueno lejano, el eco resonó largo tiempo contra las paredes, y acabó poco a poco por perderse, haciéndonos pensar que aquella inmensa inmensa boca debe abismarse en las entrañas de la tierra.

El *cicerone* nos propuso explorar uno de los caminos que giran alrededor de los dos grandes cráteres en la cima del Vesubio: aquel en que nos encontrábamos es de formacion reciente, el otro ha permanecido tranquilo desde 1839. Avanzábamos por la angosta cumbre, pero nuestro valor no tardó en vacilar, el vapor sulfuroso nos envolvía y ofendía nuestros pulmones; por un momento sentimos la mas horrible sufocacion, una angustia indecible se apoderó de nosotros, y como medio supremo de salvacion llegué a pensar en precipitarme por las cenizas por el revés exterior de la montaña, para buscar una atmósfera mas pura y mas propia para la vida. Mis compañeros de viaje eran de opinion que regresáramos y me suplicaban que diera la señal de retirada; pero no pude resistir al deseo de dar la vuelta al cráter, y decidí que debíamos llevar la prueba hasta el fin. Tomé entónces la delantera y mi pobre acompañamiento tuvo que seguirme con voluntad ó sin ella; iba yo trás del guía, y los demas inmediatamente trás de mí. Luché como pude, me puse el pañuelo en la nariz y en la boca entretanto que pasábamos por en medio de las nubes de vapor que el viento arrojaba violentamente. Dos ó tres veces estuvo a

punto de abandonarme el valor; me detenía, aspiraba el aire con todo mi pulmon, y las sombras negras de los viajeros se volvian a poner en marcha a través de las nieblas del mundo subterráneo.

En fin, despues de largos esfuerzos, obtuvimos la victoria y llegamos al objeto; al punto cesó todo sufrimiento, y pudimos contemplar el espectáculo que se extendía ante nosotros. La cumbre superior y regular de este segundo cráter tenía, como la del precedente, de veinte a treinta toesas de diámetro; el abismo se estrechaba como un embudo, y las paredes estaban revestidas igualmente de formaciones sulfurosas mas brillantes si es posible. Una de las particularidades mas curiosas de este cráter es que puede vérselo el fondo; las piedras que arrojábamos, resonaban como un trueno del cielo, y luego las veíamos llegar hasta abajo, adonde me parece que se podría bajar sin muchas dificultades, por medio de cuerdas, si no se tuviese que temer la accion sufocante de los vapores sulfurosos: tambien puede ser que la temperatura del suelo sea demasiado elevada, porque el lugar en que estábamos, se sentía tan caliente en ciertos puntos, que era imposible permanecer largo tiempo sin movernos. Hace ya algunos años que aquel abismo ha entrado en una faz de reposo, y pudimos dar la vuelta sin obstáculo. A medida que las nubes de la cima del Vesubio se dividían y se disipaban en los aires, veíamos porciones del magnífico panorama que se extendía a nuestros piés flotando en medio de un vapor blanco como la imágen de un sueño. Nos sentíamos encadenados por un poder mágico sobre aquel teatro de la destruccion, desde donde admirábamos en lontananza, en un mundo sobrenatural y digno de las hadas, la mar chispeante y sus encantadas riberas.

A proporcion que las nubes pasaban delante de nuestra vista, las imágenes desaparecian para dar lugar a otras nuevas: era como una cámara oscura cuyas perspectivas fantásticas nos compensaban de cuando en cuando, de la vista admirable que habríamos disfrutado con un cielo mas sereno. Antes de dejar el borde del cráter, el *cicerone* descendió con una audacia increíble a una roca interior que salía sobre el abismo, é introdujo su baston en una de las numerosas grietas que perforaban el suelo, anunciándonos que la madera iba á encenderse con las llamas del fuego subterráneo. No pude resistir al deseo de seguirle y avanzar con él sobre aquella

punta vertiginosa: muchos bastones fueron introducidos en los agujeros; y el guía, despues de haber dado algunas vueltas al suyo por cierto tiempo, lo retiró efectivamente hecho una brasa: luego, con un atrevimiento inaudito, descendió corriendo por una parte de la pared interior, como si hubiera estado en un risueño prado en la pendiente de una colina, y sin embargo, bastaria un paso en falso para precipitarlo; no habria sido la primera víctima que el mundo subterráneo hubiese tragado.

Era ya imposible permanecer mas en aquel punto, porque las suelas de nuestras botas comenzaban a quemarse. Dirigimos una última mirada al anchuroso abismo, en cuyo seno brillan de una manera tan viva las formaciones de azufre amarillo y escarlata; por última vez en el silencio de una admiracion muda se recogieron nuestras almas ante la grandeza infinita de la naturaleza, y bajamos apresuradamente a una pequeña hondonada, donde el humo no salia sino en raros intervalos, para tomar algun descanso y un almuerzo frugal entre los peñascos de lava y los montones de ceniza. Lo que tiene vida parece hallarse en tan poca armonía con el Vesubio, que se siente una sorpresa involuntaria al observar en medio de estas masas grises, desechos de alimentos y restos de comidas: las almendras de la fruta, las cortezas de los limones y de las naranjas forman un contraste casi cómico con la soledad silenciosa en que se encuentran; y sin embargo, no toda vida abandona al pobre volcan: algunos insectos zumban por ahí, algunos lagartijos se aventuran sobre la lava y el azufre, y yo mismo encontré el despojo mortal de muchos escarabajos. En cuanto á saber, como refiere la leyenda, si el Vesubio arrojó en efecto cuando su última erupcion, una cantidad innumerable de animalitos rojos de formas desconocidas, es una cosa que no puedo decidir, aunque en mi opinion la singular y misteriosa montaña, es muy capaz de semejante capricho. Concluido el almuerzo regresamos al punto de que habiamos tenido que subir ántes ahogados y con el sudor en nuestras frentes.

Allí nos esperaba una diversion de las mas raras, un placer que yo jamás habia sentido. Por el mismo camino que nos habia costado tantos esfuerzos, íbamos a regresar; mas no sobre nuestras piernas, sino a volar como sostenidos por alas invisibles, hasta

llegar, rápidos como el rayo al valle que separa a Monte Somma del Vesubio; sentados en la ceniza, íbamos a ejecutar la famosa *resbalada* del volcan. En mi país habia oído hablar de esto muchas veces, y no me habia podido formar una idea muy exacta; hasta que ví que la ceniza comenzaba a desplomarse delante de mí, comprendí el placer que me estaba reservado. Con una alegría frenética me lancé, dando saltos desordenados, a la masa gris y movediza, y toda la concurrencia me siguió. Cree uno al principio que va a descender la montaña con una velocidad terrible y de un solo golpe, sin poder moderar ni contener su carrera; pero los piés se introducen suavemente en la ceniza que cede, y echando el cuerpo hácia atrás, puede uno detenerse aun en lo mas fuerte del impulso. La sensacion es indescriptible: se cree tocar a los confines del vuelo y se sospecha cuál debe ser la satisfaccion orgullosa del pájaro de presa que se precipita desde la altura de los aires al fondo de los valles.

Nuestra concurrencia se parecia en aquel momento, *salvo el debido respeto*, a un rebaño de cabritos, a quien despues de largos meses de invierno, llevan por primera vez al pasto: aquellas son cabriolas entónces, el rebaño no cabe en sí de placer y de alegría. Así sucedió con nosotros; reíamos hasta ahogarnos, y apostábamos a quién daria saltos mas enormes. Con una especie de delirio y de cómica desesperacion, saltaba yo frecuentemente toesas enteras en la ceniza. Algunos momentos me detenía para hacer durar aquel placer que era tan rápido, para tomar aliento y reir despues a carcajadas, viendo a mis compañeros en las diferentes fases de su descenso furibundo. ¡Eramos tan felices al poder una vez por casualidad convertirnos en niños, de una manera tan permitida y dar a nuestra alegría un libre curso en medio de las chanzas mas agradables!

A veces, en lo mas fuerte de la carrera, esperábamos tropezar en algun obstáculo ó herirnos con un trozo de lava puntiaguda; pero la ceniza se dividia de repente rodeando el pié que se sumergia con suavidad como en una masa líquida. Volábamos, corriamos, saltábamos y nadábamos, todo al mismo tiempo, sobre la movible ceniza; y si cada uno de estos ejercicios corporales, separadamente es agradable, ¿qué encanto dejará de tener éste que los